

Día 0                    3 de agosto 2010

Nosotros viajamos a Islandia desde Madrid vía Barcelona, así que este día 0 lo gastamos casi exclusivamente en aeropuertos y aviones. Al aterrizar en Keflavík agradecemos enormemente las dos horas de diferencia que hay entre España e Islandia, dos horas que nos permitieron dormir un poco más, pues llegamos tardísimo al hotel.

Día 1                    4 de agosto 2010

Cuando preparamos el viaje y buscamos información, nos llevamos la impresión de que Reykjavík era una ciudad muy pequeña, y así nos dispusimos a ir andando, con maletas y todo, hasta la Oficina de Alquiler de coches. Menos mal que una certera mirada a la escala del mapa nos mostró que entre un punto y otro había nada menos que 5 kilómetros en línea recta. Quizá este es un buen ejemplo de lo que nos encontramos en Islandia: poca gente, pero extensiones enormes.

Nuestro viaje comienza realmente en la oficina de AVIS, con nuestro Toyota Yaris rojo. El primer destino, previa consulta a la guía de IslandTours (siempre como primera referencia a lo largo de todo el viaje) fue el Blue Lagoon. La verdad es que a primera vista puede parecer uno de esos sitios ultramegaturísticos, y la verdad es que en un primer momento teníamos nuestras reservas (se supone que vas a Islandia huyendo de lo “turístico”, ¿no?), pero después de haber visto “Españoles por el Mundo” en Islandia, quedamos convencidos de que sencillamente, ese sitio era imprescindible. Y lo seguimos pensando.

Una vez finalizado el baño, tuvimos que hacer el primer descarte. La guía aconseja seguir hasta Grindavík, y la verdad es que hubiéramos tenido tiempo más que suficiente, pero al ser el primer día, no estar del todo habituados con las distancias, y que estaba en perspectiva el “Círculo de Oro”, volvimos sobre nuestros pasos, ahora en dirección Selfoss, vía Reykjavík, para lo cual tomamos por primera vez la carretera 1 (o Ring Road, que la recorrimos prácticamente entera).

En Selfoss hicimos por primera vez acopio de provisiones en un supermercado. La verdad es que los precios no son tan prohibitivos como pensábamos, y así siempre tuvimos a mano en el coche pan de molde, embutidos, fruta y agua.

Precisamente en Selfoss tuvimos la oportunidad de visitar la tumba de la leyenda del ajedrez Bobby Fischer, que falleció en Islandia en 2008. Se encuentra en una pequeña aldea que hay a la salida de Selfoss llamada Laugardaelir.

Una vez en Selfoss tomamos la carretera 35 y buscamos el hotel. A pesar de que eran solamente las seis de la tarde, debido a que sólo hemos comido un sándwich, decidimos cenar. Todo un acierto, la verdad. Y aquí es cuando comprobamos una de las maravillas que tiene Islandia al visitarla en verano. Aunque sean las siete, y el cielo tenga aspecto de atardecer, se mantiene así hasta por lo menos las 11. De hecho, la parte del día que más hemos aprovechado a lo largo de todo el viaje ha sido precisamente esa: cenábamos pronto, y nos quedaba un mínimo de tres horas para hacer cosas. Así, una vez cenados, visitamos la cascada de Gullfoss (impresionante) y el Geysir,

impresionante y penoso a partes iguales. Impresionante porque siempre impacta ver una columna de agua elevarse 20 metros sobre tu cabeza, y penoso porque el Geysir auténtico ya no “funciona”, por culpa del daño que le ha hecho el ser humano (he leído en alguna parte que le echaban jabón para que la columna llegara más alto).

## Día 2            5 de agosto 2010

Del círculo de oro nos habíamos dejado el Parque Nacional de Thingvellir, y ahí nos dirigimos nada más desayunar. Especialmente bonito es el camino que discurre entre las dos placas tectónicas, así como la vista por encima del lago Thingvallavatn con el glaciar Langjökull al fondo.

Desde ahí, vuelta a Selfoss por la carretera 36, para seguidamente volver a la Ring Road en dirección Vík. Al pasar por un pueblo llamado Hella probamos la opción “grill” para comer, y la verdad es que no está mal del todo, aunque es verdad que en su mayor parte nuestra dieta consistió en sándwiches, embutidos y fruta, más barato y más sano (a excepción de algún que otro capricho). Por cierto, hay que destacar las sopas de verdura islandesas. Están buenísimas y son tan consistentes que no pasas hambre en varias horas.

A partir de ahí la carretera se va aproximando cada vez más a la costa, y vamos viendo las islas Vestmannaeyjar. Parada obligada en las cascadas de Seljalandsfoss (aunque no nos atrevimos a rodearla, por no llevar el calzado adecuado) y Skógafoss, sin duda uno de los paisajes más bonitos y reconocibles de Islandia. Aquí nos llamó la atención el improvisado museo que hay en el pequeño restaurante al pie de la calzada, sobre la reciente erupción del Eyjafjallajökull, que se encuentra justo detrás.

Una vez que llegamos a Vík nos dirigimos a Dyrhólaey, con la idea de poder ver frailecillos. La verdad es que esta primera “caza” de frailecillos fue bastante decepcionante, pues son más huidizos de lo que pensábamos. Nos explicaron en el hotel que pasan el día pescando, y la tarde-noche en sus nidos, por lo que la mejor hora para verlos es cuando van o vuelven. Así que la mañana siguiente decidimos volver, y ya sí que pudimos encontrarlos. La gran mayoría estaba en el agua, a bastante distancia de la costa y solamente pudimos ver de cerca algún frailecillo rezagado.

## Día 3            6 de agosto 2010

Creo que este fue el día que más kilómetros hicimos. Tras volver a Dyrhólaey y encontrar los escurridizos frailecillos, retomamos la Ring Road en dirección Höfn. La verdad es que el trayecto, atravesando los desiertos de arena negra con infinidad de riachuelos atravesándolos, es digno de verse.

Llegamos al parque nacional de Skaftafell, sin duda uno de los centros neurálgicos de la isla, desde donde se pueden realizar todo tipo de actividades: senderismo, esquí de fondo, rutas por el glaciar Vatnajökull... Vamos, que parece un paraíso para los

amantes de los deportes de invierno (no es nuestro caso). Ahí, decidimos seguir una de las rutas a pie, que nos llevó hasta la famosa cascada de Svartifoss.

De vuelta a la carretera 1, imprescindible parar en Jökullslón. Es curioso, pero seguramente el tramo que va desde Skaftafell hasta Jökullslón es la parte más aburrida de toda la isla, por su paisaje tan monótono. Pero de pronto, te encuentras con este lago helado, que es parada obligada. El paseo en barco anfíbio, con divertido guía y degustación de hielo glaciar incluido, a pesar de ser otra “turistada” es, en nuestra opinión, uno de los momentos cumbre del viaje.

Y desde ahí, con poco más que destacar, llegamos a Höfn. Muy bonitas las vistas de las lenguas del glaciar a la luz del larguísimo atardecer islandés.

#### Día 4                    7 de agosto 2010

El día de los fiordos del este. La verdad es que este día fue un poco de descanso en comparación con los anteriores. Paramos prácticamente en todos los pueblos de aconsejados por la guía, destacando Djúpivogur, Stodvarfjörður (muy bonito el museo de Petra, aunque desafortunadamente ella no estaba, pues estaba en el hospital recuperándose de una lesión de cadera) y sobre todo el camino que lleva a Neskaupstaður, posiblemente el pueblo más bonito de todos ellos. Tras esto, búsqueda del hotel en Egilsstaðir, y aunque entre nuestros planes estaban seguidamente visitar, o bien Seydisfjörður (el más “importante” de los pueblos de los fiordos) o bien el centro urbano de Egilsstaðir, al final decidimos cenar pronto y a descansar al hotel.

#### Día 5                    8 de agosto de 2010

Sin duda, el día más impresionante desde el punto de vista paisajístico y posiblemente el más completo de todo el viaje

Nada más salir de Egilsstaðir, el paisaje comienza a cambiar, y se convierte en algo más propio de Marte o de la Luna. En mitad de todo esto se encuentra un pueblecito con un encanto increíble, Mödrudalur (posiblemente Tolkien se inspirara en alguno de estos nombres para escribir El Señor de los Anillos.) Sólo por pasear un poco por aquí, mirar hacia la infinitud del paisaje que se extiende hacia todos lados y respirar un aire increíblemente puro, ya merece la pena esta parada. Si a ello le añades un Café Latte en el pequeño restaurante que hay y unos Kleinur típicos de la zona, la experiencia se convierte en inolvidable. Nunca se nos olvidará que en ese restaurante nos enseñaron a pronunciar correctamente “Eyjafjallajökull”, así como su significado.

Tras otro tramo de paisaje marciano, llegamos a un desvío que nos lleva a la cascada de Dettifoss. La verdad es que el camino es bastante pesado, al menos si llevas un Yaris como nosotros y cada golpe de china sobre la carrocería te duele como si te golpeará a ti. Pero es cierto que el esfuerzo compensa. Y de sobra. Ya desde que dejas el coche en el aparcamiento y bajas hacia la cascada, te impresiona la nube de agua que levanta. Y cuando ya bajas y la ves en todo su esplendor, impresiona. Además, que por la configuración de la cascada, es posible acercarse a la orilla hasta límites más allá de lo aconsejable. Recuerdo que aquí fue donde comimos, y creo que no pronunciamos palabra, de lo embobados que estábamos mirando la cascada.

Aún alucinados por Dettifoss, tuvimos que volver al infernal camino descrito anteriormente, esta vez para llegar a Asbyrgi, con un paisaje realmente de cuento. Un primer tramo de bosque muy frondoso (algo extraño en Islandia) para acabar de golpe ante unas paredes totalmente verticales, de unos 100 metros de altura, formando una U y con un lago muy pequeño en el extremo. La verdad es que se siente una especie de vértigo extraño al mirar estas paredes hacia arriba.

Aquí decidimos improvisar un poco, y la verdad es que nos salió bastante bien. En lugar de recorrer otra vez 65 kilómetros de grava para volver a la carretera 1, decidimos continuar por la carretera que lleva a Husavík, que bordea la costa norte, con unas vistas muy bonitas sobre el Öxarfjörður. Esta carretera tiene varios miradores, y cualquiera de ellos merece la pena.

Apenas paramos al llegar a Husavík, pues “tocaba para el día siguiente”, pero por lo menos nos quedamos con dos sitios que deberíamos recordar para el día siguiente: el Museo Falológico (!!!) y las taquillas para el Avistamiento de Ballenas.

A partir de ahí rumbo hacia el Lago Myvatn, donde estaba nuestro hotel. Al aproximarse al Lago desde la carretera de Husavík (la 85) se va perfilando al frente un impresionante cráter, el Hverfell. Una vez llegados e instalados en el hotel, dedicamos el resto de la luz del día en ir al cráter, subir y rodearlo, algo que recomendamos totalmente (debemos confesar que no llegamos a rodearlo del todo), pues el camino circular tiene una longitud de más de tres kilómetros, y ya teníamos bastante por ese día.

Vuelta al hotel, con un (casi) percance automovilístico por culpa de unos patitos muy simpáticos que estaban durmiendo ocupando todo el ancho de la carretera.

Día 6                      9 de agosto de 2010

Este fue el día elegido para hacer el avistamiento de ballenas, así que cuadramos todas las actividades que teníamos previstas para poder estar en Husavík a la hora de la salida del barco, las 16:00.

Como el día anterior dimos un rodeo por la costa, hubo un tramo de Carretera 1 que no recorrimos, que incluía la zona geotermal del volcán Krafla, así que decidimos tomar dicha carretera al revés para llegar allí. Zona muy recomendable y curiosa, con multitud de fumarolas y con un olor a azufre que casi tira para atrás. Hay una central geotérmica

que ofrece visitas guiadas a ciertas horas del día que deben estar bastante bien. Nosotros al final decidimos no hacerla porque temíamos llegar tarde para el barco de Husavík.

Pusimos rumbo a Husavík, y al final (cómo no), llegamos con tiempo más que suficiente. Tanto, que decidimos hacer una visita al Museo Falológico. Pero nada más llegar a la puerta nos sucedió una anécdota que no podemos resistir contar. Había un cartel pegado que decía algo así como “Hoy día 9 de agosto se está rodando en este museo una película para la RAI. Se asume que todos los visitantes del museo a lo largo del día de hoy son susceptibles de ser entrevistados para dicha película.” Al entrar, efectivamente, vimos a un cámara, un regidor y un entrevistador que estaban siendo acompañados por el director del museo recorriendo las distintas vitrinas con los más de 250 falos que allí se guardan. En ese momento, el regidor nos miró y nos hizo una seña que indudablemente quería decir: “Ahora vamos con vosotros”. Tengo que confesar que la idea de aparecer en una película sobre el Museo del Falo nos dio miedo, vergüenza, y otra serie más de cosas, así que salimos corriendo de allí. Luego nos hemos arrepentido, por supuesto.

Por cierto, es extremadamente difícil sacar una foto en condiciones a la fachada del museo. Y es porque a la entrada hay una especie de menhir, de forma claramente característica, y que llega más o menos por la cintura, así que es bastante normal que haya cola (va sin segundas) para hacerse fotos haciendo el ganso ahí. Nosotros comimos en la estación de servicio que hay enfrente, sin perder de vista el museo, cámara en mano, y apenas si pudimos encontrar un instante en que no hubiera nadie para fotografiarlo.

Tras esto, directamente al barco del Avistamiento de Ballenas. Habría que decir más bien “Avistamiento de Ballena”, porque solamente vimos una, y de las normalitas, aparte de unos cuantos delfines y multitud de frailecillos, ahora sí, de cerca. Está claro que este viaje está bien, que durante las cuatro horas que dura se hace bastante ameno, pero yo no lo calificaría como imprescindible. Supongo que todo irá en función de cuántas ballenas se vean, pero aun así, tampoco te queda sensación de haber hecho nada excepcional. (algo que sí sucede, por ejemplo, con el barco anfibio de Jokulsarlón.)

Antes de la llegada a Akureyri, parada en Godafoss, la cascada de los dioses. La cascada es bonita, y la leyenda que la rodea también (bien narrada en los paneles que hay en el aparcamiento), pero será que después de haber visto lo que se ha visto en días anteriores, ya no impresiona.

Día 7                    10 de agosto

Dedicamos la mañana a pasear por Akureyri, una ciudad que es como todos los pueblecitos islandeses que se encuentran desperdigados por la isla, solo que un poco más grande y mucho más bonito. Además de pasear por la calle principal (muy pintoresca), el jardín botánico merece una visita.

Tras comer allí, seguimos nuestro camino, y llegamos a uno de los sitios que a mí personalmente más me ha gustado en todo el viaje: la granja-museo de Glaumbaer. Está todo tan bien expuesto, y tan bien explicado que tienes la sensación de estar realmente

viviendo allí dentro. Una auténtica sorpresa. Y en cuanto a los crêpes islandeses, sólo decir que será difícil que consigas comerte sólo uno.

Tras esto, y relativamente pronto, llegada al hotel, esta vez situado en mitad de la carretera, aunque con bastantes opciones relativamente cerca (por ejemplo, la visita a Bifröst), pero una vez más se impuso el descanso.

#### Día 8            11 de agosto

Este día lo dedicamos a la península de Snaefellsness, parando en alguno de los pueblos costeros mencionados en la guía, como Budardalur, Stykkishólmur, u Ólafsvík. Tras llegar a Hellisandur, observamos cómo nuestra ventana daba justo al Snaefells, lo que da una vista imponente.

Aquí hay dos sitios que nos llamaron mucho la atención. Por un lado, entre Hellisandur y Rif hay una pequeña ermita. A su derecha bajan unos escalones que dan a un salón donde se encuentra un enorme cuadro que representa la llegada de Colón interesándose por el viaje a América del hijo de Erik el Rojo. Aunque este lugar cuando fuimos estaba cerrado, desde fuera se puede ver bastante bien dicho cuadro, y de verdad que merece la pena.

Por otro lado, al llegar a Hellisandur, llama inmediatamente la atención una gigantesca antena de telecomunicaciones, que luego supimos que mide nada menos que 412 metros de altura y que es la construcción más alta de toda Europa.

Y por último, tras haber leído “Viaje al Centro de la Tierra”, teníamos interés en dirigirnos a Öndverðarnes, el punto más occidental de Hellisandur, desde donde según Julio Verne se puede divisar Groenlandia. Le dimos una enorme paliza al Yaris, pero a pesar del esfuerzo allí no se veía más que mar.

#### Día 9            12 de agosto

Tras despertarnos, correr las cortinas y vislumbrar la imponente figura del Snaefellsness, reanudamos nuestro viaje, ya aproximándose al final.

A pocos kilómetros del hotel, vimos un desvío en el que ponía “Snaefellsness 8”, que nos dio muchísima pena no tomar. Sin todo-terreno es imposible llegar hasta allí, así que lo dejamos para el próximo viaje a Islandia.

Al llegar a Hellnar, decidimos hacer senderismo por el camino que bordea la costa y que llega hasta Arnarstapi. Éste es un camino muy bonito, caminando sobre los restos de una antigua erupción del volcán Snaefells, y si el día está nublado y cae una fina llovizna, como a nosotros se vuelve bastante evocador. El único “problema”, es que después hay que deshacer el camino, y tras 5 kilómetros en total, y a pesar de que era

bastante temprano, decidimos tomar una de esas poderosas sopas islandesas en el minirestaurante de Hellnar.

Seguidamente hicimos una parada en Budir, en el que dicen que es el hotel más lujoso de toda Islandia. Es impactante encontrarse semejante hotel sencillamente en mitad de la nada. No preguntamos el precio de las habitaciones porque no quisimos llevarnos un buen susto, pero el Café-Latte fue bastante asequible.

Tras esto, una impresionante tromba de agua nos acompañó y no paró hasta llegar a Borgarnes.

La verdad es que en todos los sitios en los que hemos buscado información, Borgarnes no es del todo bien tratado. Efectivamente, no es Akureyri, ni mucho menos, pero tampoco es esa ciudad fea “de paso” que a veces se menciona. De aquí destacaríamos un pequeño parque para niños hecho enteramente de materiales reciclados, y sobre todo los paisajes, que unidos a la luz del atardecer nos permitió hacer alguna de las fotos más bonitas de todo el viaje.

La tarde la aprovechamos recorriendo algunos “lugares pendientes” que son accesibles desde Borgarnes, tales como Reykholt, o las cascadas de Barnafoss y Hraunfossar, con las que nos pasó lo mismo que con Góðafoss. Son muy bonitas, pero no pueden compararse con las que vimos al principio. En cuanto a Reykholt, decir que es un pueblo bastante bonito, pero al ser mayormente residencia de estudiantes, y visitarlo el día 12 de agosto, no había absolutamente nadie por las calles, lo cual da una sensación un tanto extraña.

A destacar también las continuas fumarolas que se encuentran por este camino. Parece ser que es práctica común entre los islandeses construirse casas justo encima de alguna de estas fumarolas, para que sirva como fuente de energía.

Tras esto, a degustar una excelente pizza en la estación de servicio de Borgarnes, y a dormir.

Día 10            13 de agosto

Estando a tan escasa distancia de Reykjavík, decidimos llegar lo antes posible, para así devolver cuanto antes el coche de alquiler y disponer de más tiempo para conocer la capital.

De camino decidimos pasar por Akranes, que en principio, no parece tener nada que reseñar. Tras atravesar el túnel subterráneo de Hvalfjörður (único punto de peaje de toda la isla, y además, nada barato, aunque no recuerdo el precio exacto). Tras esto, ya llegamos a Reykjavík, y nos dirigimos inmediatamente a devolver el Yaris, con el típico miedo de que detecten que le has hecho algo al coche. Afortunadamente, no fue así.

Con Reykjavík nos quedó la sensación de que no la aprovechamos del todo, algo por otra parte lógico teniendo en cuenta que solo estuvimos un día entero. Es cierto que nosotros habíamos recopilado muchísima información sobre otros puntos del viaje, pero con Reykjavík sencillamente nos dejamos llevar, sabiendo que nuestro hotel estaba en el centro y que nos podríamos limitar a pasear por esa zona. Así únicamente fuimos capaces de apreciar las partes más vistosas de la ciudad (que tampoco son tantas) y nos dejamos otras partes quizá menos vistosas pero seguramente más interesantes. Pero bueno, esto nos deja otra excusa para volver.

Día 11                    14 de agosto

El flybus para el aeropuerto nos recogía a las 14:30, así que, aparte de poder visitar la iglesia de Hallgrímskirja (cerrada el día anterior a causa de un concierto), dedicamos la mañana a las típicas compras de recuerdos de última hora.

Y poco más. De ahí a Keflavík, y de Keflavík a Madrid, con la experiencia de haber conocido un país increíble y con muchas ganas de volver.